

el afinador de habitaciones
(precedido de la cuervo)
celso castro

primera edición en libros del silencio: marzo del 2010

© celso castro, 1999 (la cuervo); 2010 (el afinador de habitaciones)

© de la presente edición, editorial libros del silencio, s. l. [2010]

provença, 225, entresuelo 3^a

08008 barcelona

+34 93 487 96 37

+34 93 487 92 07

www.librosdelsilencio.com

diseño de colección: nora grosse, enric jardí

diseño de cubierta: nora grosse, enric jardí

isbn: 978-84-937559-6-6

depósito legal: b.8.985-2010

impreso por romanyà valls

impreso en españa - printed in spain

todos los derechos reservados. quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

está bien... —y como no había ayudado a mi madre cuando estaba viva, que es cuando hay que ayudar a las personas, y se sentía en deuda con ella, y remordido en su conciencia -hermana, hermanita mía ¿cómo iba a saberlo?... a mí me dijeron que...- y todos esos remordimientos. y claro, me lo hacía pagar a mí. y venga a ayudarme, y venga a ayudarme, y ayudas y ayudas y más ayudas, y que entrase a trabajar en la biblioteca, a clasificar aquel interminable fondo de ácaros: los de medicina con los de medicina, los de filosofía con los de filosofía, los de poesía con los de poesía, los de arquitectura con los de arquitectura, los de psicología con los de psicología, y así siempre. y todo para verle esa cara remordida durante el resto de mi vida, in sécula seculórum. en fin, g e n t i l e z a

y también ansiedad, y salía todas las tardes como si algo tirase del ya tensado nervio de mi alma, por decirlo de alguna manera, y me iba a -la gaviota- que era un bar que estaba más allá del matadero, y me sentaba cerca del ventanal, y pedía una copa de coñac, y otra, y otra, y el sol se anaranjaba, y otra, y enrojecía, y otra más, y se hundía en el mar, y se llevaba toda mi ansiedad, toda. y yo respiraba. respiraba hondo, y sonreía. y miraba a ver si el padre de rosalía se había ido a cenar. y entonces me levantaba y le pagaba a rosalía, porque me cobraba menos, o no me cobraba, o le daba unas monedas y me devolvía un billete. lo malo es que ya empezaba a considerar que ese dinero, y el consiguiente riesgo de que su padre la descubriese, le otorgaba algo de autoridad, cierto ascendiente sobre mí. y

me regañaba constantemente, y por cualquier cosa. por ejemplo, un día estaba yo todo tranquilo, calmando la ansiedad y -observando pormenorizadamente una sublime puesta de sol- y entra draque y se sienta en la mesa de al lado y pide una cerveza, y supongo que se aburría de tanto sol, o que no le veía la gracia a los ocasos. y eso, que va y me dice —pareces un viejo... bebiendo eso...— y yo le dije que bebía coñac para calmarme y que a mí, personalmente, el coñac no me gustaba nada, y que incluso me repugnaba, pero que era lo único que me calmaba, y él —ah...— entornó los ojos al crepúsculo, y parecía meditar, o sopesar aquella belleza, o algo así. y al poco —¿y cómo te llamas?— y me alarga la mano —yo me llamo... bueno, todo el mundo me llama draque...

—¿draque?

—sí, draque... draque, como el pirata inglés...

y a partir de ese día, cuando venía por allí, se sentaba conmigo, y me hablaba de mujeres, y que yo era guapo y joven, y que había -mujeres a patadas- y que no tenía por qué andar trabajando en una cosa que no me gustaba y que, además, perjudicaba mi salud. porque yo, en mi embriaguez, le había contado lo de los ácaros y que, dependiendo de la materia, los ácaros de unos libros eran diferentes de los ácaros de otros libros, y que había encontrado en el almacén un tratado o estudio taxonómico de los arácnidos, con fotografías aumentadas y dibujos esquemáticos y todo eso. y claro, en ese libro también había ácaros. y le dije a draque, y creo que él compartía

mi embriaguez, le dije que yo estaba convencido, y en esto no hacía más que seguir a nietzsche, de que los ácaros que habitaban ese libro -que para ellos es como vivir en el álbum familiar- eran más sabios y más risueños y más... y draque —joder... no me extrañaría nada... ¿y quién es ese...?

—¿nietzsche?

—sí...

—es un filósofo... a ti te iba a gustar, decía: si vas con mujeres, no olvides el látigo...

—no jodas ¿sí?... joder, ése es de los míos...

—sí... bueno, lo importante es que siempre hablaba de indignación, o sea, de la indignación filosófica ¿sabes? y decía que sólo los maestros son capaces de reírse cuando pasan por delante de su propia puerta...

y draque se quedó cabeceando y, después de un larguísimo trago de cerveza —joder... no sabía nada el niche ese...— y yo le dije que sí, que era el hombre más inteligente de europa, y que yo me había leído todos sus libros, y que iba a ver si encontraba alguno en el almacén para que lo leyese. y al día siguiente le llevé -el anticristo- y le dije que, por favor, no lo perdiese, que tenía el sello de la biblioteca. y le conté lo de mi tío, y lo de mi madre, y que vivía con mi abuela, y al final acabé sincerándome con él, y que la verdad es que todos éramos anticristos, seres anómalos y opuestos a la vida por no sé qué conflictos, por un conflicto raro y extraño -un conflicto superior a nosotros e incluso cósmico- del que nada sabemos, constreñidos, igual que tubos huecos en el vacío, cuerpos vacíos y huecos que vibran angustiados, aquí, suspendidos en mitad de

ninguna parte, cuerpecitos vibrátiles, cajitas sensitivas. y es que, en realidad, no somos más que eso -cajas de resonancia- pero bueno, creo que me estoy desviando de mi propósito. en fin, que rosalia me regañaba constantemente, y estaba enfadadísima, y no hacía más que refunfuñar y echarme miradas, y nada, que si lo que yo pretendía en esta vida era ser un chulo y andar con putas, no podía haber elegido mejor maestro que draque. y así estuvo varios días, hasta que poco a poco fue recuperando su humor habitual, y me decía -qué ¿dónde está el maestro?... ¿hoy no va a haber clase?- y también -te has quedado sin libro... ¡por pánfilo!- y es que draque no aparecía por la gaviota

y una o dos semanas después, estaba yo con lo del crepúsculo, y noto una palmada en el hombro —¿qué hay, chaval... sigues a dieta?— y era draque, y ya le vi en la cara que le pasaba algo. y se sienta y pide una cerveza y está así callado, dando sorbitos, y entonces me dice —te voy a enseñar una cosa... ¿sabes guardar un secreto?— y abre el bolsillo de la cazadora, y yo —ah, el libro...— y saca el libro —no, hombre... mira...— y veo un reflejo metálico, y eso es lo único que vi —es un revólver cargado... de mí no se ríe nadie...— y que alguien las ha aconsejado mal —pero que no se preocupe, que ya tendrá lo suyo...— y que a él sólo le importa margot, recuperar a margot, que a la otra le tiene aprecio —pero margot...— y que, cuando la conoció, ya se dio cuenta de que margot iba a ser muy importante y que marcaría, de algún modo, su existencia futura y, por esa razón, no quiso precipitarse. y que se

había pasado cuatro meses estudiando su carácter y su comportamiento —¡cuatro meses!... que se dice pronto...— y que ahora se había escapado —por culpa de ese... pero, tiempo al tiempo...— y que, bueno, él también tenía que reconocer que había metido la pata llevándole a karen, y que tuvo que convencerla, y que así ganarían mucho dinero y podrían montar algo, algún negocio, y que karen le había puesto en la mano veinticinco billetes —uno encima de otro— por acostarse con él, y eso que sabía que estaba con margot. y nada, que se habían hecho tan amigas que hasta dormían los tres juntos —joder... ni te imaginas...— y ahora se habían escapado. había ido a casa de la mami y —ni puta idea...— así se lo habían dicho, que no tenían ni puta idea —ya se enterarán, que no se preocupen... tiempo al tiempo... si oyes algo por ahí, ya sabes...— y me mira y sonrío —bueno, ya no te rompo más la cabeza... ¿y tú, qué tal?

—bien, como siempre... por aquí...

—¿sigues con la ansiedad? —y yo me encojo de hombros y sonrío

—sí, como siempre... ya estoy acostumbrado... —y para cambiar de conversación— qué ¿has leído el libro? —y él que nada, que con toda esta mierda no ha podido, pero que había empezado a leerlo y le estaba gustando

—sobre todo esto de... —y abre el libro y veo que ha subrayado todo el prólogo, todo, de arriba abajo, y con bolígrafo. y al momento pensé en mi tío, y en lo que decía de la gente que subrayaba los libros de la biblioteca y los dejaba inservibles— bueno, esto también está bien: hay quien nace póstumo... pero

esto... fíjate en esto: ¿qué me importan los demás? los demás no son más que humanidad. y hay que superar a la humanidad en fortaleza, en altura espiritual y en desprecio... fíjate: fortaleza, altura espiritual y desprecio... —y había subrayado tantas veces y con tanta energía la palabra -desprecio- que se había roto el papel— esto es grande... esto sí que es grande...

no volví a ver a draque. dos o tres días después, entra el inspector aguado con otro en la gaviota, y me pregunta cómo me llamo y cuántos años tengo y qué hago bebiendo coñac y si lo saben mis padres y si lo sabe mi abuela y si estudio y en qué estoy trabajando y si mi tío sabe que ando con criminales y que dónde está draque y todo eso, y que draque es un criminal peligroso y que ya ha herido a una mujer de un disparo y que está desquiciado y que si yo sé algo que coopere con ellos —antes de que haya muertes ¿entendido?— ah, y que si tengo ansiedad que vaya al médico —a un especialista...— que el coñac no es solución. y eso, que —cualquier cosa... ya sabes ¿eh?— y se marcha. y nada más irse el inspector, viene rosalia —¿ves?... ¿ves lo que pasa por andar con esa gentuza?

—bueno, ya está... es lo que quiere ser...

—sí, gentuza...

—bueno, pues lo que sea...

—¿qué te ha dicho?

—nada...

—algo te habrá dicho...

—sí, algo... que no vuelva a venir por aquí... así que...

- no...
- ¿no qué?
- que no... ¿qué tiene que ver eso con nosotros?
- y yo qué sé... lo que sé es que me voy a quedar en casa leyendo, en mi habitación...
- bueno...
- sin salir...
- bueno, pues yo voy a verte...
- tu verás...
- sí, yo veré...
- además, no puedes...
- ¿por?
- tienes que estar aquí...
- no te preocupes...
- ¿y cuándo vas a venir?
- cuando quiera... mañana...
- pues dame un beso...
- mañana...
- no, ahora...
- no, ahora no... están todos...
- y a ti qué te importa...
- no quiero que hablen de mí... de mis cosas...
- bueno, como quieras... oye, tráete una botella...

así que apareció toda sonriente, con la botella, y yo fui a buscar unos vasos y un zumo de naranja que había en la nevera y nos metimos en la habitación. y al principio estuvimos

bebiendo, sin saber qué decir. y después, rosalia dijo —qué asco... no sé cómo puedes tragar esto...— y yo le recordé otra vez lo de la ansiedad y que, si no le gustaba, que le echase más zumo. y entonces se acercó para coger el zumo y yo la cogí por la cintura y la besé, y empezamos a besarnos y quise quitarle la camiseta, y ella —¿no está tu abuela?— y yo le dije que sí, pero que no pasaba nada, que estaba en el salón y que, además, nunca entraba sin llamar en mi habitación —ya, ya... ¿me la presentas?

—después...

—no, ahora... quiero que me la presentes ahora...

y claro, yo traté de disuadirla, y le expliqué que mi abuela estaba un poco trastornada, que no era nada grave, que sólo era un exceso de sensibilidad y que era mejor no molestarla, que le había afectado mucho la muerte de mi madre, y que siempre me decía que mi madre había sido como una hija para ella y que la había querido como a una hija, como a la hija que no había tenido y que, bueno, hacía poco, estaba yo leyendo, de noche —oye, discreción ¿eh?— y eso, que estaba leyendo y la oigo llorar, y voy a su habitación —abuela ¿qué pasa?...— y mi abuela —nada, nada... no es nada...— y yo insisto —algo te pasa...— y al final me confiesa que acaba de ver a mi madre —estaba ahí, sentada... donde estás tú... sonriéndome... con la sonrisa de siempre...— y a mí me entró un escalofrío que me quedé helado, y me levanté y estábamos los dos temblando —pero, abuela...— y ella me dijo que sí, que era verdad, y que ya había venido más veces —una vez se quedó hasta la una...— y que le daba mucha lástima y no lo podía remediar, le

daba muchísima lástima verla así, sonriendo. y yo intenté tranquilizarla, y que no pensara más en eso, que mi madre estaba bien y nos quería, y que nosotros la queríamos a ella y no la olvidábamos, y todo estaba bien, que eran sentimientos y que, en ocasiones, los sentimientos nos traicionaban y jugaban con nosotros y, bueno, eran sentimientos, lo importante es que eran buenos sentimientos, y los buenos sentimientos eran eso y.. y la tranquilicé algo, pero yo no estaba tranquilo, y me pasé la noche en vela y con la luz encendida, por si aparecía mi madre

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE ROMANYÀ VALLS
EL MES DE MARZO DE 2010



$$\lim_{x \rightarrow a} f(x) = \infty$$

www.librosdelsilencio.com